

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción y, excepto en caso de hechos históricos, cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Burnout*

© 2023, Madhen Media Ltd. Publicado por primera vez en el Reino Unido por Bantam, un sello de Transworld Publishers.

© 2024, de la traducción por Begoña Prat Rojo

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-38-6

Código IBIC: FA

DL: B 4.875-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en junio de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Sophie Kinsella

Amor y otros desastres

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores

Barcelona, 2024

A mis hijos:

Freddy, Hugo, Oscar, Rex y Sybella

Capítulo 1

No son los correos electrónicos los que me dan pánico. Ni siquiera los correos «persecutorios» («Me preguntaba si te había llegado mi último correo, ya que no he recibido respuesta»).

Son los correos persecutorios de los persecutorios. Los que llevan dos signos de exclamación en rojo. Los que adoptan un tono de cabreo supino («Como te comenté en mis DOS correos anteriores») o de falsa preocupación y sarcasmo («Comienzo a preguntarme si te has caído a un pozo o has sido víctima de alguna otra calamidad»).

Esos son los que me provocan un espasmo en el pecho y un temblor en el ojo izquierdo. Sobre todo cuando me doy cuenta de que se me olvidó marcarlos como importantes. Mi vida está gobernada por correos con etiquetas, mi propia vida. El caso es que se me olvidó marcar el último, de eso hace ya hace varios días, y ahora mi colega está molesto, aunque se muestre amable: «De verdad, Sasha, ¿va todo bien?». Así que me siento todavía más culpable. Es un tipo simpático. Es razonable. No es culpa suya que yo tenga que hacer el trabajo de tres personas y no dé abasto.

Trabajo para Zoose, la aplicación de viajes que ahora está tan de moda. «¿No has usado Zoose?» es el eslogan de nuestra última campaña y lo cierto es que es una gran aplicación. Puedes elegir cualquier destino del mundo entero y Zoose te encuentra el itinerario más rápido, el billete más barato y un gran programa de fidelización. Yo soy la directora del Departamento de Promociones Especiales, que cubre catorce territorios. Para ser sincera, fue el rimbombante título del puesto lo que me atrajo. Eso y el hecho de que Zoose sea una *start-up* tan exitosa. Cuando le hablo a la gente de mi trabajo, su reacción es «¡Ah, sí! ¡He visto el anuncio en el metro!». Y luego añaden: «¡Qué curro más guay!».

Y lo cierto es que lo es. Sobre el papel. Zoose es una empresa joven que está creciendo muy deprisa y en nuestras oficinas, que consisten

en un único espacio abierto, hay una pared cubierta de plantas y las infusiones son gratis. Cuando empecé a trabajar aquí, hace un par de años, me sentía afortunada. Me levantaba cada día de la cama y pensaba: «¡Qué suerte tengo!». Sin embargo, en algún momento, eso cambió y, al levantarme, solo podía pensar: «Ay, Dios mío, por favor; no puedo más. ¿Cuántos correos tengo? ¿Cuántas reuniones? ¿Qué he pasado por alto? ¿Cómo voy a soportarlo? ¿Qué voy a hacer?».

No estoy segura de cuándo se produjo el cambio. ¿Hace seis meses? ¿Siete? El caso es que tengo la sensación de llevar una eternidad en este estado. Como si me encontrara en un túnel y lo único que pudiera hacer fuera seguir adelante. Seguir adelante, nada más.

Me escribo a mí misma otro post-it para que no se me olvide: MAILS – MARCAR COMO IMPORTANTE!!!, y lo pego encima de la pantalla del ordenador junto a otro en el que pone APP??? que lleva meses ahí.

Mi madre es muy aficionada a las aplicaciones. Tiene una para planificar las Navidades y otra para planificar las vacaciones y un reloj parlante de su catálogo de *gadgets* que te recuerda que te tomes las vitaminas cada mañana a las siete y media (y también que hagas los ejercicios para el suelo pélvico cada noche, mientras que durante el día va soltando «citas motivadoras»; me parece inquietante y manipulador, aunque no se lo he dicho).

De todos modos, estoy segura de que mi madre tiene razón y de que, si encontrase la aplicación adecuada, todos los problemas de mi vida se solucionarían. Pero el caso es que hay demasiadas para elegir y, santo cielo, todas piden un montón de información. Tengo un Bullet Journal, una agenda personalizada que viene con bolígrafos de gel en varios colores. Se supone que tienes que escribir todas tus obligaciones, asignar un color a cada una y luego irlas tachando a medida que las acabes. Pero ¿quién tiene tiempo para eso? ¿Quién tiene tiempo para elegir el boli turquesa y escribir: «Responde a los treinta y cuatro correos coléricos de tu bandeja de entrada», y luego agregar la correspondiente pegatina de la carita triste? En mi agenda hay una única anotación, que escribí hace un año. Dice TAREA: TRABAJAR, y nunca la he tachado.

Miro la hora y se me encoge el estómago. ¿Cómo es posible que ya sean las 11:27 h? Tengo que seguir. Vamos, Sasha, tú puedes.

Hola, Rob:

Siento no haberte contestado todavía. Te pido disculpas.

Debo de escribir estas palabras, no sé, ¿veinte veces al día?

En este momento, la fecha prevista es el 12 de abril y me aseguraré de avisarte si se produce cualquier cambio. Por otra parte, respecto al lanzamiento (Países Bajos) se decidió que...

—¡Sasha!

Estoy tan ensimismada que, cuando la conocida voz chillona se cuela en mis pensamientos, doy un respingo en la silla.

—¿Tienes un segundo?

Se me tensa todo el cuerpo. ¿Un segundo? ¿Un segundo? No, no tengo un segundo. Estoy sudando como un cerdo. Me arden los dedos. Tengo un millón de correos urgentes después de este y no puedo parar, tengo que seguir, no tengo un segundo...

Pero Joanne, la responsable de Bienestar y Empoderamiento de la oficina, viene directa hacia mí. Joanne tiene cuarenta y tantos años, unos diez más que yo, aunque a menudo en las reuniones dice: «Las mujeres de nuestra edad...», y me lanza una mirada. Va vestida con sus habituales pantalones de estilo deportivo casual y una camiseta cara y discreta y en sus ojos brilla una expresión de desaprobación que reconozco al instante. La he cagado. Pero ¿cómo? Hago un rápido inventario mental de los crímenes que puedo haber cometido, pero no se me ocurre ninguno. Con un suspiro, dejo de teclear y giro una pizca la silla hacia ella. Lo justo para ser educada.

—Sasha —empieza con determinación al tiempo que se echa hacia atrás el pelo alisado—. Estoy un poco decepcionada con tu nivel de compromiso con nuestro programa de alegría de los empleados.

Mierda. La alegría. Sabía que se me olvidaba algo. Creía haberme escrito un post-it (¡ALEGRÍA!), pero igual se despegó del ordenador. Paseo la mirada a mi alrededor y, en efecto, ahí están, dos post-its pegados al radiador: ¡ALEGRÍA! y FACTURA DEL GAS.

—Lo siento —me disculpo, tratando de adoptar un tono obsequioso y humilde—. Lo siento mucho, Joanne. Perdona.

En ocasiones, si le dices suficientes veces «Lo siento» y «Perdona»,

Joanne pasa a otra cosa. Pero hoy no. Se apoya en mi escritorio y a mí se me hace un nudo en el estómago. Está a punto de soltarme un sermón de los buenos.

—Asher también se ha fijado en lo poco que participas, Sasha. —Me mira más de cerca—. Como bien sabes, Asher está muy comprometido con la alegría de los empleados.

Asher es el jefe del Departamento de Marketing y, por lo tanto, mi jefe. También es el hermano de Lev, que es el fundador de Zoose, el único famoso de los dos. Fue a Lev a quien se le ocurrió la idea de crear Zoose. El concepto le vino mientras llegaba al aeropuerto, así que se pasó el día entero sentado en un bar de la terminal y perdió seis vuelos a Luxemburgo mientras perfilaba los conceptos básicos. Al menos, esa es la historia. Lo he escuchado contarla en una charla TED.

Lev es atlético, carismático y encantador y se pasa el tiempo haciendo preguntas a todo el mundo. Siempre que viene a la oficina, se pasea entre las mesas con su melena rebelde y pregunta a los empleados: «¿Esto por qué? ¿Y eso?», «¿Con qué estás ahora?», «¿Por qué no pruebas a hacerlo así?». Cuando me hizo la entrevista, me preguntó sobre mi abrigo, mis tutores en la universidad y mi opinión acerca de las áreas de servicio de las autopistas. Todo muy aleatorio, divertido y estimulante.

Pero ahora ya nunca lo veo; solo veo a Asher, que bien podría ser de un planeta distinto a su hermano. Asher tiene una capa de encanto refinado que te deja impresionada cuando lo conoces. Pero luego te das cuenta de que en realidad es un engreído que no soporta la fama de su hermano y, además, es extremadamente susceptible a cualquier comentario que le parezca ni que sea un poco crítico. Es decir, cualquier respuesta que no sea «Es una idea revolucionaria, Asher. ¡Eres un genio!».

Sin importar qué estupidez suelte Asher por la boca en las reuniones, Joanne siempre exclama: «Es una idea revolucionaria, Asher. ¡Eres un genio!».

El caso, que cuando Asher anda cerca hay que ir con pies de plomo, y lo mismo con Joanne, que es una vieja amiga suya de la universidad y, como buena secuaz, se pasea por la oficina buscando herejes.

–Soy muy partidaria del programa de alegría de los empleados que creó Asher –me apresuro a decir, esforzándome por parecer sincera–. Ayer participé en la conferencia por Zoom de la doctora Sussman. Muy inspiradora.

La conferencia por Zoom de la doctora Sussman («Caer para levantarse: un viaje hacia la realización personal») era obligatoria para todos los empleados. Duró dos horas y se centró en su mayor parte en el divorcio de la doctora Sussman y su posterior despertar sexual en una comuna de Croydon. No tengo ni la más remota idea de qué se supone que debíamos aprender, pero el hecho de que fuera por Zoom me permitió al menos avanzar trabajo mientras escuchaba.

–Me refiero al panel de aspiraciones personales que tenemos en el portal *online*, Sasha –dice Joanne al tiempo que cruza sus brazos torneados, como si fuera una inflexible profesora de gimnasia que está a punto de obligarme a hacer veinte flexiones (¿estará a punto de obligarme a hacer veinte flexiones?)–. Nos hemos dado cuenta de que hace diez días que no te conectas. ¿Es que no tienes aspiraciones?

Oh, no. El maldito panel de aspiraciones personales. Lo había olvidado por completo.

–Lo siento –digo–. Me pongo enseguida.

–Como jefe de departamento, Asher se preocupa mucho por sus empleados –continúa Joanne, con los ojos todavía entornados–. Hace mucho hincapié en que todos os toméis vuestro tiempo para reflexionar sobre vuestros objetivos y anotar todos los momentos que os alegran el día. ¿Estás tomando nota de los momentos que te alegran el día?

Me quedo sin palabras. ¿Un momento que me alegre el día? Ni siquiera soy capaz de visualizarlo.

–Es por tu propio empoderamiento, Sasha –insiste Joanne–. En Zoose nos preocupamos por ti. –Hace que suene como una acusación–. Pero tú también tienes que cuidar de ti misma.

Por el rabillo del ojo veo otros seis correos urgentes que han llegado a mi bandeja de entrada mientras hablamos. Al distinguir todos los signos de exclamación en rojo, me entran náuseas. ¿De dónde voy a sacar tiempo para reflexionar? ¿Cómo puedo sentir alegría si el

pánico me tiene atenzada todo el día? ¿Cómo se supone que voy a escribir mis aspiraciones si mi única aspiración es mantenerme a flote y ni siquiera de eso soy capaz?

–En realidad, Joanne... –respiro hondo–, lo que más me preocupa es cuándo van a contratar a alguien para reemplazar a Seamus y Chloe. Lo pregunté en el panel de aspiraciones, pero nadie me contestó.

Esa es la madre del cordero. El meollo de la cuestión. No tenemos suficiente personal. Chloe cubriría una baja por maternidad, pero solo se quedó una semana, mientras que Seamus aguantó un mes, hasta que tuvo una fuerte discusión con Asher y se largó. Como consecuencia, todo el mundo está sobrecargado de trabajo y no se sabe nada de posibles sustitutos.

–Sasha –me contesta Joanne en tono condescendiente–, me temo que no has entendido la función del panel de aspiraciones personales. No está destinado a resolver asuntos relacionados con Recursos Humanos, sino a objetivos y sueños personales.

–Bueno, ¡mi objetivo y sueño personal es tener suficientes compañeros para hacer el trabajo! –replico–. Estamos todos saturados y he hablado con Asher un montón de veces, pero nunca me da una respuesta concreta; ya sabes que es...

Me interrumpo en seco antes de decir algo negativo sobre Asher, que ella le contaría de inmediato y de lo que tendría que retractarme en una incómoda reunión.

–¿Tienes un tic? –me pregunta Joanne mientras me observa fijamente.

–No. ¿Qué dices? ¿Un tic? –Me llevo la mano a la cara–. Puede ser. Me doy cuenta de que ha eludido mi pregunta. ¿Cómo logran hacerlo algunas personas? No puedo evitar mirar de nuevo mi monitor y veo que Rob Wilson me ha mandado otro correo, esta vez con cuatro signos de exclamación.

–Joanne, tengo que seguir trabajando –le digo, desesperada–. Pero gracias por la charla. Me siento mucho más... empoderada.

«Tengo que hacer algo –pienso febrilmente mientras ella se aleja por fin y yo me pongo a escribir de nuevo–. Tengo que hacer algo». Este trabajo no es lo que se suponía que iba a ser. Ni por asomo.

Cuando me contrataron, hace dos años, me emocioné un montón. ¡Directora de Promociones Especiales en Zoose! Comencé entusiasmada, dándolo todo, convencida de que había tomado un camino seguro que llevaba a un horizonte emocionante. Pero el camino ya no es seguro. Está embarrado, un barro denso que te atrapa y no te deja avanzar.

Pulso «enviar», suspiro y me froto la cara. Necesito un café. Me levanto, estiro los brazos y me acerco a la ventana para tomarme un respiro. En la oficina reina el silencio; todo el mundo está concentrado. La mitad de mi equipo trabaja hoy desde casa. Lina ha venido, pero está tecleando furiosamente en su mesa, con los auriculares puestos y el ceño fruncido como si quisiera matar a alguien. No es de extrañar que Joanne la haya dejado en paz.

¿Debería dejarlo? ¿Cambiar de trabajo? Pero es que, Dios mío, cambiar de trabajo consume un montón de energía. Hay que leer las ofertas, hablar con reclutadores y planificar una estrategia para tu carrera. Desempolvar el currículum, recordar tus últimos logros, escoger la ropa para las entrevistas y luego hacer tiempo sin que nadie se entere para ir a dichas entrevistas mientras aún trabajas en otro sitio. Tienes que parecer vivaz y dinámica mientras una junta aterradora te interroga. Mostrar tu mejor sonrisa cuando te hacen esperar cuarenta minutos mientras te carcome el estrés por el trabajo que se te acumula en el puesto que ya tienes.

Y eso solo para responder a una oferta, porque luego, cuando no te contratan, tienes que empezar de nuevo. Solo de pensarlo me entran ganas de hacerme un ovillo debajo del edredón. En este momento ni siquiera soy capaz de renovar mi pasaporte, mucho menos mi vida.

Apoyo la cabeza en el cristal y dejo vagar la mirada. Nuestra oficina se encuentra en una amplia calle funcional en el norte de Londres llena de espantosos edificios de oficinas de los años ochenta, un centro comercial decepcionante y un convento que queda justo enfrente y parece totalmente fuera de lugar. Es un edificio victoriano y nadie sabría que se trata de un convento de no ser por las monjas que entran y salen. Monjas modernas, que llevan tejanos con la cofia y el velo y cogen el autobús para ir a Dios sabe dónde.

Seguramente a refugios para personas sin hogar donde llevan a cabo buenas obras.

Mientras miro, salen un par de monjas que hablan animadas y se sientan en el banco de la parada del autobús. Solo hay que verlas: su vida es muy distinta de la mía. ¿Recibirán las monjas correos electrónicos? Apuesto a que no. Apuesto a que ni siquiera les permiten tener una cuenta. Por las noches, no tienen que contestar ciento tres mensajes de WhatsApp. No tienen que pasarse el día disculpándose por haber irritado a alguien. No tienen que contribuir a paneles de aspiraciones personales en línea. Toda su escala de valores es diferente.

Tal vez yo también podría llevar una vida distinta. Conseguir otro trabajo, mudarme de piso, darle un giro a todo. Solo me haría falta un empujón inicial. Necesito ese empujoncito. Y quizá también una señal del universo.

Con un suspiro, me doy la vuelta y me dirijo a la máquina de café. Por ahora, tendré que conformarme con la cafeína.

Salgo del edificio a las seis de la tarde y aspiro el frío aire vespertino a bocanadas, como si llevara todo el día ahogándome. Nuestra empresa se encuentra encima de un Pret a Manger y, como todas las tardes, me voy directa a él.

Lo bueno del Pret a Manger es que puedes comprar todas tus comidas allí, no solo el almuerzo. Nada lo prohíbe. Y, una vez tienes esa revelación, la vida se vuelve manejable. O al menos más manejable.

No sé cuándo empezó a resultarme tan abrumador cocinar. Fue algo paulatino. Pero ahora soy incapaz de hacerlo. Soy incapaz de comprar en el súper un trozo de... lo que sea (comida, supongo) y luego pelarlo, cortarlo, sacar las sartenes y buscar una receta para luego lavar todo. Solo de pensar en ello me supera. ¿Cómo puede hacerlo la gente cada noche?

El rollito de falafel y queso *balloumi*, en cambio, es una estupenda y reconfortante cena caliente que puedo acompañar con una copa de vino y luego solo tengo que tirar el envoltorio a la basura.

Cojo mi rollito, una barrita de chocolate, una lata de bebida «saludable» y una ración de muesli bircher –el desayuno para mañana–

junto con una manzana. Mis cinco porciones diarias (bueno, una porción diaria, si nos ponemos quisquillosos).

Al llegar a la caja, saco la tarjeta de crédito y espero a que se produzca la habitual transacción electrónica silenciosa, pero, cuando paso mi tarjeta por el lector, no sucede nada. Alzo la vista y me encuentro al cajero, que me sonríe con una mirada cálida y amistosa.

–Compras lo mismo cada noche –dice–. Rollito, muesli bircher, manzana, bebida, barrita de chocolate. Siempre igual.

–Sí –contesto, desconcertada.

–¿Nunca cocinas? ¿Ni vas a comer fuera?

Al instante, me pongo tensa. ¿Qué es esto, la policía de la alimentación?

–Suelo tener trabajo pendiente. –Le dedico una sonrisa forzada–. Así que...

–Yo estoy estudiando para ser chef –me contesta tranquilamente–. Me gusta mucho la comida. Me parece una pena comer lo mismo cada día.

–Ya. Bueno, a mí me gusta. Gracias.

Le lanzo una mirada insistente al lector, pero el chico no parece tener prisa por procesar el pago.

–¿Sabes cómo sería mi noche ideal? –pregunta–. Tú estarías incluida, por cierto.

Habla en voz baja y en un tono que resulta seductor. No ha apartado la mirada de mí durante toda la conversación. Yo parpadeo, perpleja. ¿Qué está pasando? Espera, ¿está coqueteando? ¿Está ligando conmigo?

Mierda, ¡sí!

Vale. ¿Qué hago ahora?

¿Quiero ligar con él? ¿Cómo se hace? ¿Cómo funcionan estas cosas? Intento desenterrar del olvido mis tácticas de ligoteo. La versión despreocupada y divertida de Sasha Worth, que sonreiría o respondería con un comentario ingenioso. Pero no la encuentro. Me siento vacía por dentro. No se me ocurre nada.

–Iríamos al mercado de Borough –continúa él, sin inmutarse ante mi falta de reacción–. Compraríamos verduras, hierbas, queso.

Iríamos a casa y pasaríamos varias horas cocinando; luego disfrutaríamos de una comida deliciosa... y veríamos adónde nos lleva.
¿Qué te parece?

Tiene unas arrugas monísimas alrededor de los ojos. Sé muy bien lo que espera que le diga. ¿Cómo le cuento lo que pienso en realidad?

–¿Te soy sincera? –digo, intentando ganar tiempo.

–Por favor. –Su sonrisa contagiosa se ensancha–. No te cortes. No me da miedo.

–La verdad es que suena bastante agotador –le suelto sin más–. Tanto cocinar. Pícar verduras. Lavar. Piel de patata por todas partes, ¿sabes? Y siempre se cae alguna al suelo y tienes que barrerlas... –Me interrumpo–. La verdad es que no es lo mío.

Me doy cuenta de que mi respuesta lo pillaba desprevenido, pero se recupera casi de inmediato.

–Podríamos saltarnos la parte de cocinar –propone.

–Ah, vaya, ¿pasamos directamente al sexo?

–Bueno... –Se ríe con un brillo travieso en los ojos–. Tal vez podemos avanzar en esa dirección.

Vaya, parece un tipo legal. Tengo que ser totalmente sincera con él.

–Vale, la cosa es que el sexo, en este momento, no me interesa mucho. Entiendo que a ti te apetezca –añado por educación–, pero a mí no tanto. Aunque gracias por el intento.

Oigo un grito ahogado a mi espalda y, al volverme, me encuentro a una mujer con un abrigo violeta que me está mirando.

–¿Estás loca? –exclama–. ¡Ya voy yo! –se apresura a añadir–. Iré contigo y cocinaremos juntos. Eso y todo lo demás. Cuando tú quieras. Solo tienes que pedírmelo.

–¡O yo! –se suma un hombre atractivo desde la otra cola–. Eres bisexual, ¿verdad? –añade dirigiéndose al cajero, que, alucinado, los ignora a los dos.

–¿No disfrutas del sexo? –me pregunta con una mirada de curiosidad–. ¿Es por un motivo religioso?

–No, solo paso de él. Hace un año corté con alguien y... –Me encujo de hombros–. No sé. La idea me da pereza.

–¿La idea del sexo te da pereza? –Suelta una carcajada incrédula–. No. No me lo creo.

Siento una punzada de irritación, porque ¿quién es este desconocido para decirme lo que me da o me deja de dar pereza?

—¡Es verdad! —replico con más vehemencia de la que pretendía—. ¿Qué tiene el sexo de fantástico? En fin, si te paras a pensarlo, ¿qué es el sexo? Es... es... —No se me ocurre nada—. Genitales que se frotan. Nada más y nada menos. ¿Y se supone que uno tiene que disfrutar con eso? ¿Frotándose los genitales?

La tienda entera se ha quedado en silencio y me doy cuenta de que hay como veinte personas mirándome.

Genial, voy a tener que buscarme otro Pret a Manger.

—Si no te importa, me gustaría pagar —digo con la cara roja como un tomate—. Gracias.

El cajero me cobra en silencio, mete las cosas en la bolsa y me la entrega. Entonces nuestras miradas vuelven a cruzarse.

—Qué pena —dice—. Alguien como tú. Qué pena.

Sus palabras se clavan en un lugar sensible en lo más hondo de mí. Alguien como yo. ¿Y cómo soy yo? Antes era alguien que podía coquetear, divertirse, disfrutar del sexo y de la vida. No sé quién soy ahora, pero sé que no soy yo. Sin embargo, parece que no soy capaz de ser otra cosa.

—Ya —asiento—. Una pena.

Por lo general, me subo la cena del Pret a la oficina y me la como en mi escritorio, pero en este momento estoy tan abatida que decido irme directa a casa. En cuanto entro en mi piso, me dejo caer en una silla sin quitarme el abrigo y cierro los ojos. Cada noche llego aquí con la sensación de haber corrido una maratón arrastrando a un elefante.

Al cabo de un buen rato, abro los ojos y contemplo la hilera de plantas muertas del alféizar que llevo seis meses pensando en tirar.

Un día lo haré. De verdad. Solo que... no en este momento.

Al final saco fuerzas para quitarme el abrigo, servirme una copa de vino y acomodarme en el sofá con la bolsa del Pret a mis pies. A mi teléfono no paran de llegar mensajes de WhatsApp y, al abrirlos, veo que mis viejas amigas de la universidad están planeando organizar por turnos una serie de cenas inspiradas en películas. ¿A que sería divertido?

Ni de coña voy a invitar a alguien a cenar aquí. Me daría demasiada vergüenza. Mi piso está hecho un desastre. Mire a donde mire, veo el rastro de algo que tenía intención de hacer: desde las latas de pintura de muestra sin abrir hasta las bandas elásticas que iba a usar para hacer ejercicio, pasando por las plantas muertas y las revistas que nunca he leído.

Fue mi madre la que me regaló la suscripción a *Women's Health*. Mi madre, que trabaja en una inmobiliaria, hace pilates y cada mañana antes de las siete está perfectamente maquillada. Me hace sentir un completo fracaso. ¿Cómo se las apaña? A mi edad, ella ya estaba casada y cocinaba lasaña para mi padre cada noche. Yo tengo un trabajo. Un piso. No tengo hijos. Y, aun así, la vida me resulta imposible.

En el grupo de WhatsApp, ahora están hablando de la última serie de moda y tengo la sensación de que debería participar. Tecleo:

¡Suenan muy bien! ¡Me la apunto!

Es mentira. No la voy a ver. No sé qué me ha pasado. ¿Padeceré fatiga de series? ¿O fatiga de hablar de series? En el trabajo, las conversaciones sobre el tema prenden y se propagan como hogueras y es como si de repente todo el mundo formara parte de un club secreto y tratara de superar a los demás con su profundo análisis: «Oh, está muy infravalorada. En realidad es puro Shakespeare. ¿No la has visto? Pues deberías». Quien haya visto más capítulos se comporta como si fuera guionista solo porque sabe lo que sucede en el episodio seis. Mi exnovio Stuart era de esos. «Tú espera –decía con aire posesivo, como si la hubiera escrito él–. ¿Hasta ahora te ha parecido buena? Pues tú espera».

Antes yo también veía series y me lo pasaba bien. Pero mi cerebro se ha puesto en huelga: no puedo asimilar nada nuevo. En lugar de eso, cuando me acabo el rollito, enciendo el televisor, busco mi lista de favoritos, escojo *Una rubia muy legal* y le doy a «Volver a ver» por enésima vez.

Veo *Una rubia muy legal* cada noche y nadie me lo va a impedir.

Cuando suena el tema del principio, me reclino en el sofá, le doy un mordisco a la barrita de chocolate y me quedo en un estado de trance hipnótico mientras miro escenas que me sé de memoria. La secuencia inicial es mi momento de relax. Unos pocos minutos en los que no hago nada aparte de contemplar un mundo de nubes rosas.

Cuando Reese Witherspoon aparece en la pantalla, es la señal de que tengo que moverme. Me incorporo y cojo el portátil. Abro el correo electrónico, respiro hondo como si estuviera contemplando el Everest y pulso el primero marcado como importante.

Hola, Karina:

Siento no haberte contestado todavía.

Le doy un trago al vino.

Te pido disculpas.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, me despierto en el sofá. Sigo llevando el pelo recogido en una coleta, la tele sigue encendida y hay una copa con un poco de vino tinto sobre el suelo. Aspiro su olor a rancio, como el de un ambientador tóxico. Debí de quedarme dormida mientras trabajaba.

Incómoda, cambio de postura y, al retirar el teléfono de debajo de mi omóplato izquierdo, la pantalla se ilumina con nuevos mensajes, notificaciones y correos. Pero por una vez no empiezo a revisarlos con el corazón desbocado por la ansiedad, preguntándome qué nuevo infierno me espera. En cambio, me doy la vuelta sobre el sofá y miro el techo mientras una decisión va tomando forma en mi mente. Hoy voy a pasar a la acción. A lo grande. Como Dios manda.

Al aplicarme con retraso la crema de noche para la cara Olay Total Effects, veo mi reflejo en el espejo y me estremezco. Mi piel blanca como la nieve y con pecas parece de cartón. Mi pelo liso y moreno cuelga sin vida. Tengo los ojos azules inyectados en sangre. Estoy muy mal.

Pero, extrañamente, esta visión me motiva. A lo mejor los comentarios del cajero del Pret me han afectado más de lo que creía. Tiene razón: es una pena. No debería ser la persona que veo en el espejo. No debería encontrarme en esta situación. No debería estar estresada y demacrada. Y no debería tener que dejar mi trabajo porque el departamento esté mal gestionado.

Trato de aplicar la lógica para ponderar mis opciones. He intentado hablar con Asher; no ha servido de nada. He intentado abordar el tema con varios jefes y todos me han dicho: «Habla con Asher». Así que tengo que apuntar más alto. Hablar con Lev. No tengo su correo personal, solo el de su ayudante. Pero lo encontraré. Seguro.

Llego pronto a la oficina, llena de energía, y cojo el ascensor para

subir directa al último piso, donde está el despacho de Lev. Su ayudante, Ruby, está sentada a su escritorio de cristal, delante de una gigantesca reproducción del inconfundible icono naranja de Zoose, y la parte profesional de mi cerebro registra lo bien diseñado que está este espacio y lo impresionante que es. Esta empresa es brillante en tantos sentidos que resulta aún más frustrante que en otros sea un desastre.

Hay una enorme imagen de Lev, tan carismático como siempre, con su melena salvaje y despeinada y su penetrante mirada. Es una foto tan distintiva, se lo ve tan confiado, que en marketing la utilizamos mucho. El novio de Lev es un diseñador de moda llamado Damian y los dos parecen salidos de una sesión de fotos de *Vogue*.

Pero esa actitud despreocupada y confiada es un envoltorio. Lo que necesito ahora es lo que hay debajo. El hombre real. Respuestas concretas.

–Hola. Me gustaría hablar con Lev, por favor –digo mientras me acerco a Ruby, intentando adoptar un tono decidido–. ¿Está en su despacho?

–¿Tienes cita? –Mira su pantalla.

–No.

No sé cómo, pero consigo no decir nada más. Eso es lo que hay que hacer en la vida: decir «no» y no dar más explicaciones. No es que me salga natural, pero lo he visto en Instagram. Es lo que hace la gente exitosa.

–¿No tienes cita? –Arquea sus cejas perfectamente depiladas.

–No.

–Pues tienes que pedirla.

–Es urgente. –Trato de sonar educada–. Así que mi cita podría ser justo ahora, ¿no?

–Me temo que Lev no está –Ruby deja la información sobre la mesa como si fuera su as en la manga–. Así que...

Tiene un brillo malicioso en los ojos y experimento una sensación de antagonismo. ¿Desde cuándo se han vuelto todos tan capullos en esta empresa?

–Bueno, a lo mejor podrías llamarlo para que pueda hablar con él –le pido con la mayor tranquilidad posible–. Es por una crisis

relacionada con la empresa, así que creo que querrá enterarse. Querrá saber qué está pasando. Porque la verdad es que las cosas no van bien. Y, si fuera mi empresa, la que he creado desde la nada, me gustaría saberlo. Así que... tal vez deberías llamarlo.

Me doy cuenta de que he perdido la pátina de amabilidad. De hecho, sueno extrañamente alterada. Pero eso es bueno. Buenísimo. Así se ve que voy en serio.

Ruby me dedica una mirada larga y gélida y luego suspira.

—¿Y tú eres...?

Me estoy enfadando. Sabe perfectamente quién soy.

—Sasha Worth —contesto con educación—. Directora de Promociones Especiales.

—Promociones Es-pe-cia-les. —Pronuncia la palabra con afectación al tiempo que frunce el ceño y mordisquea un bolígrafo con el logo de Zoose—. ¿Has intentado comentarle el problema a Asher?

—Sí —me limito a contestar—. Muchas veces. No ha servido de nada.

—¿Has hablado con alguien más?

—Con varias personas. Todas me han dicho que se lo comente a Asher. Pero el caso es que hablar con Asher no lleva a ninguna parte. Por eso quiero hablar con Lev.

—Bueno, pues me temo que no está disponible.

¿Cómo puede saberlo? Lleva todo este rato aquí sentada y no ha hecho ni un amago de ponerse en contacto con él.

—Bueno, ¿lo has intentado? ¿Lo has llamado?

Ruby pone los ojos en blanco, sin esforzarse lo más mínimo por disimular su desdén.

—No tiene sentido llamarlo —contesta muy despacio, en un tono condescendiente—, porque no está disponible.

Me está pasando algo extraño. Los sonidos que llegan de los otros despachos suenan cada vez más altos. Se me está acelerando la respiración. Tengo la sensación de estar perdiendo el control.

—Bueno, alguien debe haber —digo, al tiempo que doy un paso adelante—. ¿Vale? Alguien debe haber en toda esta empresa. Así que, por favor, encuéntralo. Ahora. Porque tengo un problema y Asher no lo ha solucionado y nadie parece ser capaz de solucionarlo y se me está yendo la olla. Se-me-está-yendo-la-olla. El sexo ya no me

interesa, ¿lo sabías? –Mi voz se ha vuelto estridente–. ¿Te parece normal? ¿Pasar del sexo? ¡Tengo treinta y tres años!

Ruby abre los ojos como platos y ya me la imagino contando toda la conversación a sus amigos cuando vayan a tomar algo más tarde, pero no me importa. No me importa.

–Está bieeeeeen –dice al cabo–. Veré qué puedo hacer.

Se pone a teclear velozmente, luego se interrumpe y yo la observo mientras lee un dato en la pantalla hasta que al final alza la vista y me dedica una sonrisa fría.

–Alguien va a venir a hablar contigo. ¿Quieres sentarte?

Con la cabeza dándome vueltas, me siento en un sofá con un estampado retro naranja y verde. En la mesita de centro hay un cuenco con *snacks* veganos, varias revistas de tecnología y una nueva marca de agua filtrada en un envase de papel ecológico. Recuerdo haberme sentado aquí cuando vine a la entrevista de trabajo. Asegurándome una y otra vez de que iba bien vestida. Repasando todos los motivos por los que me encantaría unirme a una empresa tan estimulante y dinámica.

–Sasha. ¿Qué ocurre?

Se me encoge el corazón al oír esa voz chillona que tan bien conozco. ¿Es a ella a quien ha llamado Ruby? ¿A Joanne? Apenas puedo mirarla cuando se deja caer en el sofá, vestida con su conjunto de *blazer* informal y tejanos de pata de elefante, y menea la cabeza con gesto reprobador.

–Ruby dice que te han sobrepasado las emociones. Te has dejado llevar, ¿verdad? ¿Has perdido los estribos? Te lo dije, Sasha, te advertí de las consecuencias de no dedicar tiempo a tus reflexiones personales. Es responsabilidad tuya controlar tus estados de ánimo.

Durante unos segundos, no puedo hablar. Es como si se me hubiera hecho un nudo de rabia en la garganta. ¿Me está diciendo que esto es culpa mía?

–No es una cuestión de reflexiones personales –consigo decir al fin con voz trémula–. Es una cuestión de falta de personal, de mala gestión...

–Te sugiero que le plantees cualquier problema específico a As-her, que es el jefe de tu departamento –me interrumpe Joanne con

brusquedad—. Pero, mientras tanto, tengo una noticia que Asher va a anunciar después: Lina ya no trabaja en la empresa. —Me dedica una sonrisa gélida—. ¡Así que todos los empleados de Marketing van a tener que arrimar el hombro! Si pudieras hacerte cargo de los proyectos de Lina, solo por ahora, sería de gran ayuda. Y, lógicamente, cualquier otra cuestión que tengas tendrá que esperar, porque ahora mismo Asher está bajo mucha presión.

Miro a Joanne con incredulidad.

—¿Lina se ha ido?

—Esta mañana ha enviado un correo informando de que no iba a volver.

—¿Se ha ido sin más?

—Asher se ha quedado de piedra. —Joanne baja la voz—. Entre tú y yo, nunca había visto semejante falta de respeto. Y el *mail* era bastante grosero, la verdad.

La cabeza me va tan rápido que apenas oigo a Joanne. Lina se ha largado. Se ha hartado y se ha ido. ¿Y se supone que ahora tengo que hacerme cargo de sus proyectos? ¿Aparte de todo lo demás? Sufiré un colapso nervioso. No puedo hacerlo. No voy a hacerlo. Pero ¿a quién acudo? ¿Con quién puedo hablar? Este sitio es un infierno. Es un infierno constante y sin salida...

Y de pronto me asalta una poderosa revelación: tengo que hacer lo mismo que Lina. Tengo que huir. Ya. En este preciso instante. Pero con cautela. Con prudencia. Nada de movimientos bruscos o Joanne podría hacerme una llave e inmovilizarme en el suelo.

—Voy un momento al baño —digo en un tono forzado al tiempo que cojo mi bolso—. Enseguida vuelvo. Serán solo tres minutos. Solo voy un momento al baño.

Tratando de caminar con calma, me dirijo a los aseos con paso cohibido. Me paro en la puerta y echo un vistazo para comprobar si alguien me mira. Luego me escabullo hacia la escalera y echo a correr como un rayo por los peldaños de piedra con el corazón desbocado. Al salir a la calle me quedo unos segundos en la acera, parpadeando.

Estoy fuera.

Pero ¿qué hago ahora?

¿Dónde voy a trabajar?

¿Me darán referencias?

¿Y si no me las dan?

¿Y si no consigo un empleo?

Se me encoge el estómago por el miedo. ¿Qué he hecho? ¿Debería volver a entrar? No. No puedo, es que no puedo.

Me quedo allí, paralizada. No me encuentro bien. Lo veo todo borroso. La sangre me palpita en las orejas. Los coches y los autobuses suenan como camiones con tráiler. «Debería irme a casa», pienso, totalmente colapsada. Pero ¿qué es mi casa? Un piso desordenado, caótico, deprimente. ¿Qué es mi vida? Una nada desordenada, caótica, deprimente.

«No puedo con la vida. –La cruda verdad aterriza en mi cerebro con un golpe sordo–. Ya no puedo más». Si fuera capaz de aceptar este simple hecho, todo sería más sencillo. La vida es demasiado difícil. Quiero renunciar... ¿a qué, exactamente? ¿A trabajar? ¿A existir? No, a existir no. Me gusta estar viva. Creo. Es solo que no puedo estar viva de esta manera.

Me llega un mensaje al teléfono y, por costumbre, lo abro y me encuentro que es de Joanne:

Sasha, ¿dónde te has metido?

Presa del pánico, miro hacia las ventanas de la oficina y avanzo un poco calle abajo para que no puedan verme. Debería irme a casa, pero no quiero irme a casa. No sé lo que quiero hacer. No lo sé.

Mientras estoy ahí plantada, tosiendo por el humo que lanzan los autobuses por el tubo de escape, mi mirada se posa en el convento de enfrente y, a pesar de mi lío mental, experimento una extraña sensación escalofriante. Una especie de anhelo.

¿A qué se dedican las monjas durante todo el día? ¿Qué cualificaciones se requieren para su trabajo? Apuesto a que lo único que hacen es rezar, tejer jerséis para los pobres e irse a dormir cada noche a las seis en sus bonitas y austeras celdas. Tienen que cantar himnos, pero eso lo podría aprender, ¿verdad? Y también cómo ponerme una cofia.

Sería una vida humilde y sana. Una vida manejable. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? A lo mejor todo esto estaba escrito. Siento una repentina y maravillosa sensación de alivio, tan intensa que casi da vértigo. Esta es mi vocación. ¡Por fin!

Más serena y decidida de lo que me he sentido en años, cruzo la calle. Me dirijo a la gran puerta de madera, llamo al timbre en el que pone OFICINA y espero a que contesten.

–Hola –le digo simplemente a la anciana monja que me abre–. Me gustaría ingresar en el convento.

Vale. No es por criticar el convento, en absoluto, pero tengo que reconocer que su recibimiento me decepciona. Pensaba que querrían tener hermanas nuevas. Pensaba que me recibirían con los brazos abiertos y un coro de aleluyas. En cambio, una especie de madre superiora llamada hermana Agnes, vestida con pantalones de pana, un jersey y un velo azul, me ha hecho sentar en su despacho, me ha preparado un café instantáneo (yo me esperaba una infusión de hierbas medieval) y ha empezado a preguntarme sobre mi pasado: quién soy, dónde trabajo y de qué conozco el convento.

¿Qué importarán esas cosas? Esto debería ser como la Legión Extranjera Francesa. Ninguna pregunta; ponte el casco en la cabeza y empieza.

–Así que trabajas en Zoose –me dice–. ¿No estás contenta allí?

–Trabajaba en Zoose –la corrijo–. Hasta hace como media hora.

–¡Media hora! –exclama–. ¿Qué ha pasado hace media hora?

–Me he dado cuenta de que quiero esta vida. –Señalo con un gesto simple pero elocuente la pequeña y austera estancia–. Una vida sobria. Pobreza. Celibato. Sin correos, sin teléfonos, sin sexo. Sobre todo sin sexo –enfático–. Por eso no se tiene que preocupar. Ahora mismo tengo la libido por los suelos. ¡Seguro que tengo menos que usted!

Me echo a reír con una risa estridente antes de percatarme de que la hermana Agnes no se une a mí. Y tampoco parece que le haga mucha gracia. Probablemente sea de mala educación hablar de sexo con una monja, pero ya es demasiado tarde. No importa. Ya aprenderé este tipo de cosas.

–Aquí tenemos correo electrónico –dice la hermana Agnes al tiempo que me dedica una mirada extraña–. Y también iPhones. ¿Quién es el cura de tu parroquia?

–¿Tienen iPhones? –La miro atónita.

¿Las monjas tienen iPhones? No me parece adecuado.

–¿Quién es el cura de tu parroquia? –repite–. ¿Vas a la iglesia por aquí cerca?

–Bueno. –Me aclaro la garganta, avergonzada–. No tengo exactamente una parroquia porque no soy exactamente católica. Todavía. Pero lo puedo ser sin problema. Lo seré –me corrijo–. Cuando me haga monja. Por supuesto.

La hermana Agnes se me queda mirando durante tanto rato que empiezo a sentirme incómoda.

–Bueno, ¿cuándo puedo empezar? –intento hacer avanzar la conversación–. ¿Cuál es el procedimiento?

La hermana Agnes suspira y descuelga el teléfono fijo de su escritorio. Marca varios números y murmura algo que suena como «Tenemos a otra». Luego me mira.

–Si quieres explorar la vida religiosa, te sugiero que empieces yendo a la iglesia. Puedes buscar en internet cuál es la parroquia católica que te queda más cerca. Mientras tanto, gracias por tu interés y que Dios te bendiga.

Tardo un momento en darme cuenta de que me acaba de rechazar. ¿Me está mandando a casa? ¿Sin ni siquiera un «Puedes probarlo un par de días»? ¿Sin ni siquiera un «Rellena este formulario»?

–Por favor, déjeme entrar en el convento. –Noto con horror cómo me cae una lágrima por la mejilla–. Mi vida se está yendo al traste. Tejeré jerséis. Cantaré himnos. Barreré el suelo. –Trago saliva y me froto la cara–. Lo que haga falta. Por favor.

La hermana Agnes se queda callada un instante. Luego vuelve a suspirar, esta vez con un poco más de amabilidad.

–Igual te iría bien sentarte un rato en silencio en la capilla –me propone–. Y después puedes pedirle a una amiga que venga a buscarte, ¿te parece? Estás un poco... alterada.

–Todas mis amigas están en el trabajo –le explico–. No quiero molestarlas. Pero tal vez me quede un momento en la capilla. Gracias.

Sigo dócilmente a la hermana Agnes hasta la capilla, que es pequeña, oscura, silenciosa y tiene una gran cruz de plata. Me siento en uno de los bancos y miro hacia las vidrieras con una sensación de irrealidad. Si no me hago monja, ¿qué voy a hacer?

«Buscar otro trabajo, obviamente –dice una voz apagada en mi cabeza–. Poner mi vida en orden».

Pero estoy tan cansada. Tanto. Siento que patino sobre la vida porque me falta tracción. Si no estuviera siempre tan cansada...

–... ¡bastante raro! –Una voz chillona hace que me tense y me doy la vuelta con los pelos de punta.

No. Es mi imaginación. No puede ser...

–Le estoy muy agradecida por habernos llamado, hermana Agnes.

Es ella. Es Joanne. Su voz está cada vez más cerca y oigo el sonido de pasos que se dirigen hacia aquí.

–Le aseguro que en Zoose damos mucha importancia al bienestar personal, así que me sorprende bastante que cualquiera de nuestros empleados esté angustiado...

Esa monja es una traidora. ¡Se suponía que este lugar era un santuario! Ya estoy de pie buscando desesperadamente una vía de escape, pero no hay salida. Presa del pánico, me agacho detrás de una estatua de madera de la Virgen justo en el momento en que la hermana Agnes y Joanne aparecen en la puerta de la capilla como una pareja de guardias de prisiones.

La iluminación de la capilla es escasa. Igual lo consigo. Contengo la respiración y meto barriga.

–Sasha –dice Joanne al cabo de un momento–. Te vemos perfectamente. Sé que en este momento estás un poco agitada, pero ¿por qué no vuelves a la oficina para que podamos hablar?

–Me parece que no –contesto con brusquedad al tiempo que salgo de detrás de la estatua–. Muchas gracias –añado en tono sarcástico dirigiéndome a la hermana Agnes.

Cuando paso a su lado para salir de la capilla, Joanne me agarra del brazo.

–Sasha, te lo digo en serio, tienes que darle prioridad a tu bienestar –dice con dulzura mientras sus dedos se clavan en mi piel con tanta fuerza que sé que me dejará un moratón–. Sabes que eres

muy importante para todos, ¡pero tienes que aprender a cuidar de ti misma! Te sugiero que vuelvas conmigo a la oficina y echaremos un vistazo a tu panel de aspiraciones personales...

–¡Suéltame!

Libero mi brazo, me apresuro a alejarme por el pasillo revestido de madera y luego echo a correr, sin ver el momento de salir de este lugar.

–¡Párela! ¡No está en sus cabales! –le grita Joanne a una monja que pasa por allí y que, tras recuperarse de la sorpresa, trata de agarrarme por la manga, sin éxito.

¿En serio? Decidido: nunca más me refugiaré en un convento. Alterada por la adrenalina, me abalanzo sobre la puerta de entrada, la abro de un tirón y salgo a la calle. Mientras corro, vuelvo la cabeza y, horrorizada, veo a la hermana Agnes siguiéndome a paso ligero con sus pantalones de pana, sus zapatillas deportivas y el velo azul ondeando a su espalda como una especie de capa de superhéroe en miniatura.

–¡Detente! –grita–. Cielo, ¡solo queremos ayudarte!

–¡No es verdad! –le contesto, también a gritos.

Llego a la parada del autobús, donde un grupo de gente obstruye la acera, y trato de abrirme paso frenéticamente.

–Disculpe –digo sin aliento, a punto de tropezarme con los pies y las bolsas–. Disculpe...

–¡Para! –vuelve a gritar la hermana Agnes con una voz aguda como un clarín–. ¡Vuelve!

Me doy la vuelta otra vez y descubro con horror que se encuentra a pocos metros de mí y está acortando distancias.

–¡Por favor! –exclamo, desesperada, mientras intento atravesar la cola del autobús–. ¡Déjenme pasar! ¡Tengo que escapar de esa monja!

Un tipo fornido con tejanos me mira, mira a la hermana Agnes... y a continuación alarga el brazo para cortar el paso.

–¡Déjela en paz! –le grita–. Igual no quiere ser monja, ¿se le había ocurrido? ¡Puñeteras chifladas religiosas! –Luego se vuelve hacia mí–: Escápate, anda. ¡Corre!

–¡Corre! –se suma otra chica, riendo–. ¡Sálvate mientras puedas!

Que me salve mientras pueda. Así es como me siento, en peligro. Con el corazón desbocado, cojo velocidad y atravieso el grupo de gente. Ahora corro por la acera como alma que lleva el diablo con un único objetivo: escapar. Huir de todo. No tengo ni idea de adónde voy, solo sé que quiero alejarme... alejarme...

Y de pronto, sin previo aviso, todo se vuelve negro.

Capítulo 3

Qué humillante. Qué humillante que tengan que llamar a tu madre para que interrumpa la visita de una casa semiadosada de cuatro habitaciones en Bracknell porque se te ha ido la pinza en el trabajo y has acabado estampándote contra un muro de ladrillo.

Juro que la pared ha aparecido de la nada. Juro que antes esa esquina no estaba allí. He pasado de estar corriendo como si me persiguiera una manada de ñus a encontrarme tumbada en el suelo, rodeada de gente que me miraba, mientras la sangre empieza a llegarme al ojo.

Ahora han pasado cinco horas. Me han dado el alta en Urgencias y aún me duele la frente. También he tenido una «charla» telefónica con mi doctora de cabecera. Le he contado toda la historia y ella me ha escuchado en silencio y me ha hecho un montón de preguntas sobre mi estado de ánimo, mis pensamientos y cómo duermo.

«Creo que te iría bien un descanso», ha dicho luego, y me ha dado una baja de tres semanas. Resulta que tengo derecho a una semana de baja con sueldo completo, así que, por esa parte, todo bien.

–Pero ¿y luego? –Miro desesperada a mi madre, que ha venido al hospital y me ha acompañado a casa en un Uber–. Tengo todas las de perder. Si vuelvo a la oficina, será una pesadilla. Pero, si me marcho, como Lina, me quedaré en el paro. Otra pesadilla.

–Estás exhausta, hija. –Mi madre pone su mano sobre la mía con serenidad–. Tienes que pensar en ponerte bien. Por ahora, no tomes decisiones importantes sobre el trabajo. Tú descansa y relájate. Más adelante, ya podrás preocuparte por todo lo demás.

Se sienta, remangándose los elegantes pantalones que se pone para trabajar y echando un vistazo a su Apple Watch. Mi madre se hizo agente inmobiliaria tras la muerte de mi padre y el trabajo le va como anillo al dedo, porque consiste básicamente en un cotilleo

a gran escala y justificado. «Los vendedores se gastaron mil libras tan solo en los azulejos de la cocina», «La pareja ha exigido una habitación de matrimonio insonorizada». Le pagan por trasladar ese tipo de informaciones. Y el caso es que lo haría gratis.

–He hablado un momento con la doctora del hospital –continúa–. Una mujer con los pies en la tierra. Ha dicho que cree que necesitas un reposo total, como Dios manda. La culpa es de las redes sociales –añade en tono sombrío.

–¿Las redes sociales? –Me la quedo mirando–. Si apenas las uso. No tengo tiempo.

–Las presiones de la vida moderna –insiste mi madre con firmeza–. Instagram. Tik Tok.

–Solo diré una cosa –interviene mi tía Pam, que entra en la habitación con tres tazas de té. Hace una pausa dramática y añade–: Menopausia.

Madre de Dios. Lo que faltaba. Hace poco que Pam ha empezado a trabajar de *coach* para mujeres con la menopausia y está obsesionada.

–No creo que sea eso –contesto educadamente–. Tengo treinta y tres años.

–La negación solo te hará sufrir más, Sasha. –Pam me dedica una mirada grave–. Tal vez sea la perimenopausia. ¿Tienes sofocos?

–No –contesto con paciencia–. Pero gracias por preguntar por mi temperatura corporal cada vez que nos vemos.

–Si me preocupo por tu temperatura corporal, cariño –contesta en tono apasionado–, ¡es porque nadie habla de la menopausia! ¡Nadie!

Mira a su alrededor, como si le frustrara que el sofá no haya compartido con nosotras sus síntomas menopáusicos.

–Creo que el problema no es la menopausia, Pam –dice mamá con tacto–. No en el caso de Sasha. –Luego se dirige a mí–: Lo importante ahora es que reposes y te relajes. Podrías venir a mi casa, tesoro, aunque estoy reformando el baño y hay bastante ruido. Si no, Pam dice que puedes ir a la suya, siempre y cuando no te importen los loros. ¿Verdad, Pam?

Los loros no me importan, pero no soportaría más charlas sobre la menopausia.

–Igual los loros me molestan –me apresuro a decir–. Cuando intente descansar, ya sabes.

–Estoy segura de que Kirsten te...

–No –la interrumpo–. No digas tonterías.

Mi hermana tiene un bebé de meses y una niña pequeña. Además, su suegra se ha instalado en la habitación de invitados mientras le reparan la caldera. La casa está atestada.

–No me hace falta ir a ninguna parte. Tranquilas. Puedo quedarme aquí. Relajarme. Descansar.

–Mmm. –Mamá echa un vistazo al piso–. ¿Estás segura de que este ambiente es relajante?

Nos quedamos las tres calladas mientras evaluamos mi minúscula salita de estar sin encanto. Como si quisiera demostrar algo, por la calle pasa traqueteando un camión y de una de las plantas se cae una hoja muerta. Noto que el teléfono me vibra en el bolsillo y, al sacarlo, veo que es Kirsten, que llama.

–Eh, ¡hola! –contesto al tiempo que me levanto y salgo al pasillo–. ¿Cómo estás?

–Sasha, ¿qué puñetas ha pasado? –exclama–. ¿Te has estampado contra una pared?

Se nota que está en altavoz y me la imagino en su pequeña y alegre cocina, con el jersey trenzado que le regalé en Navidad, sujetando al pequeño Ben mientras se le retuerce sobre la rodilla y dándole trozos de manzana a Coco.

–No ha sido adrede –explico para defenderme–. No he cogido carrerilla y me he abalanzado sobre un muro por diversión. Ha aparecido de la nada.

–Las paredes no aparecen de la nada.

–Bueno, pues esta sí.

–¿Ibas colocada?

–¡No! –replico a la defensiva, porque es lo mismo que no han dejado de preguntarme los médicos–. Solo estaba... preocupada.

–Mamá dice que la doctora te ha dado la baja por estrés. Cuando te vi en Navidad ya me pareciste estresada, y de eso hace semanas –añade–. Te dije que necesitabas unas vacaciones.

–Lo sé. Pero, bueno, ahora estaré tres semanas de baja, así que...
¿Cómo están Ben y Coco?

–Estamparse contra muros no es una buena idea. Lo sabes, ¿verdad? –continúa Kirsten, ignorando mi intento de cambiar de tema–.
¿Y por qué corrías?

–Intentaba huir de una monja.

–¿Una monja? –Se queda estupefacta–. ¿Qué clase de monja?

–Pues la típica. Con cofia, crucifijo y todo eso. He pensado que podría entrar en un convento –añado–, pero todo ha salido mal.

En este momento, todo me parece un sueño.

–¿Has pensado en entrar en un convento? –La carcajada de Kirsten estalla en mi oído.

–Ya sé que parece una tontería, pero he creído que era... la vía de escape más fácil. Para huir de todo.

Se hace el silencio, roto solo por Coco cantando en la distancia una especie de canción sin sentido ni notas.

–Sasha, me estás preocupando –dice Kirsten en voz más baja–.
¿La vía de escape más fácil para huir de todo?

–No me refería a eso –contesto–. No, no es eso. –Me quedo callada, porque, con el corazón en la mano, no estoy segura de a qué me refería–. Solo estaba sobrepasada. A veces la vida es... imposible.

–Ay, Sasha. –Mi hermana mayor adopta un tono suave y afectuoso, como si me diera un abrazo telefónico, y de pronto los ojos se me llenan de lágrimas.

–Lo siento. –Intento serenarme–. Mira, sé que hacerme monja no es la solución. Tengo tres semanas de baja.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte tumbada en casa?

–No lo he decidido. Pam me ha ofrecido que vaya a su casa –me apresuro a añadir para evitar que Kirsten me ofrezca que me instale en la suya.

–¿Estás con Pam? ¿Ya te ha preguntado por los sofocos? –Soy consciente de que Kirsten intenta animarme.

–Por supuesto.

–Mira que es pesada, ¿eh? Cada vez que tenía náuseas matutinas con Ben me decía: «Podría ser la menopausia, Kirsten; no lo descartes».

No puedo evitar reírme mientras me siguen cayendo lágrimas. Madre mía, estoy fatal.

–¡Sasha! ¡Tengo la solución! –me llama mi madre con voz estentórea y apremiante desde la salita–. ¡La solución perfecta!

–Lo he oído –me dice Kirsten al otro lado–. Envíame un mensaje con la solución perfecta cuando mamá te la cuente. Pero no consiste en comprar una casa de dos habitaciones en Bracknell, que le quede claro.

No puedo evitar sonreír: mi madre siempre trata de convencernos para que pillemos al vuelo alguna ganga inmobiliaria.

–Y oye, Sasha –continúa Kirsten con más dulzura–. Tómate esto en serio, ¿vale? Tienes que desconectar de verdad. Nada de correos. Nada de estrés. Recupérate. Porque si no...

La frase se desvanece en uno de esos silencios cargados. No sé exactamente que iba a decir después de «Porque si no» y tampoco estoy segura de que ella lo sepa. Pero no parece que sea algo bueno.

–Me lo tomaré en serio. –Respiro hondo–. Te lo prometo.

–Porque no pienso ir a visitarte al convento. Y tampoco vas a encontrar allí al capitán Von Trapp, si eso era lo que esperabas.

–Estoy casi segura de que estaba allí –replico–. Escondido en la bodega.

–¡Sasha! –me vuelve a llamar mi madre.

–Anda, ve –dice Kirsten–. A ver cuál es el plan de mamá. Y cuídate mucho.

Al entrar en la sala, me encuentro a mi madre mirando su teléfono con una sonrisita. Su expresión se ha suavizado y me la quedo mirando, un poco intrigada. ¿Qué estará tramando? ¿Cuál será su solución perfecta?

–¿Cuántos días de vacaciones tienes acumulados? –pregunta.

–Un montón. Aún me quedan muchos del año pasado.

El año pasado apenas me tomé vacaciones. ¿Para qué? Por fin descubrí el secreto que nadie se atreve a confesar: las vacaciones son un mito. Son peores que la vida cotidiana. Sigues teniendo que contestar correos, pero desde una tumbona incómoda en lugar de tu escritorio. Para ver la pantalla tienes que entornar los ojos. Te pasas el día tratando de encontrar cobertura y permanecer en la

sombra y, cuando hablas con la oficina, la conexión es un desastre.

La otra opción es decidir tomarte un descanso «de verdad». Activas en el correo la respuesta automática de que estás «fuera de la oficina», te lo pasas bien y lo dejas todo para cuando vuelvas. Y, en cuanto vuelves, te recibe una avalancha de trabajo tal que tienes que quedarte despierta hasta las dos durante una semana para ponerte al día mientras te maldices a ti misma por haberte tomado siquiera veinticuatro horas.

Al menos esa es mi experiencia. Igual a otra gente se le da mejor.

–Sasha, ya lo tengo. Sé exactamente adónde tienes que ir. –Mi madre parece superencantada con ella misma.

–¿Adónde?

–Ya he llamado y hay habitaciones –continúa ella, ignorándome–. ¡No sé cómo no se me ha ocurrido antes!

–¿Adónde?

Mi madre alza la cabeza y se queda callada un instante antes de anunciar:

–A Rilston Bay.

Son las palabras mágicas.

Es como si el sol hubiera asomado por un momento y me hubiera acariciado la piel. Me envuelve una calidez, una luz, una especie de euforia que casi había olvidado que existía. Rilston Bay. El mar. El inmenso cielo infinito. La sensación de la arena bajo los pies descalzos. Ese primer y mágico atisbo de la playa desde el tren. El penetrante graznido de las gaviotas. La espuma de las olas, que brilla y centellea bajo el abrasador sol del verano...

Un momento.

–Espera, ¡si estamos en febrero! –exclamo, saliendo de mi ensañación.

¿Rilston Bay en invierno? Ni siquiera soy capaz de imaginármelo. Pero, al mismo tiempo, ahora que mi madre lo ha mencionado, no puedo quitarme la idea de la cabeza. Rilston Bay me toca la fibra sensible. ¿De verdad podría ir?

–Hay habitaciones disponibles –repite mi madre–. Podrías ir en tren, como hacíamos siempre. ¡Mañana mismo!

–¿Quieres decir que la señora Heath tiene disponibilidad? –pregunto con incertidumbre.

Durante trece años, pasamos todos los veranos en la pensión de la señora Heath. Aún recuerdo el olor del linóleo de las escaleras, las fotos de caracolas en nuestro cuarto, las mantas de ganchillo en las camas. El pequeño cobertizo donde dejábamos los cubos y las palas cada tarde. El jardincito con su gruta de cuento de hadas.

–La señora Heath murió hace años, cariño –dice mi madre con afecto–. Me refiero al hotel. El Rilston.

–¿El Rilston?

¿Lo dice en serio? ¿Alojarme en el Rilston?

Nunca nos alojábamos en el Rilston. No éramos esa clase de gente. Allí hay que vestir de una determinada manera, cada semana celebran una cena con baile posterior y tienen sus propios taxis para los clientes, que se pueden ver por el pueblo. Se halla en una ubicación majestuosa, en primera línea de playa. No como la pensión de la señora Heath, que estaba a un cuarto de hora a pie por las empinadas calles adoquinadas que recorríamos alegremente cada mañana.

Eso sí, cada año, durante las vacaciones, una noche nos vestíamos con nuestras mejores galas e íbamos al Rilston a tomar algo. Al entrar en el vestíbulo, con sus lámparas de araña y sus sofás de terciopelo, nos sentíamos deliciosamente adultos. Mi madre y mi padre se quedaban en el bar bebiendo algo mientras Kirsten y yo le dábamos sorbos a una Coca-Cola con hielo y una rodaja de limón y nos reíamos del ridículo lujo que suponía servir patatas fritas en bandejas de plata. En una ocasión llegamos a cenar allí, pero solo había carne y salsas cremosas y costaba «un ojo de la cara», como dijo mi padre. Así que al año siguiente volvimos a nuestra rutina de tomar algo. Con eso era suficiente. Más que suficiente.

La idea de alojarme allí me provoca un estremecimiento extraño. Sin embargo, mi madre me enseña el teléfono y veo las palabras «Hotel Rilston» en la pantalla. Va en serio.

–Precios muy razonables –dice–. Claro que es temporada baja. Además, me han dicho que el Rilston está un poco en decadencia, que ya no es lo que era. Así que te conseguiré una buena oferta, cariño. –En los ojos de mi madre brilla su mirada de negociado-

ra-. Tómate todo el tiempo que haga falta. Ponte bien. Y luego ya decidirás qué hacer.

Abro la boca para señalar que me parece una decisión demasiado drástica y luego la cierro. Porque la verdad es que, de pronto, me muero de ganas de ir. De contemplar de nuevo esas vistas. De sentir la brisa marina. Rilston Bay es una parte enterrada y casi olvidada de mi alma que no visito desde hace... ¿cuánto tiempo? Desde que le diagnosticaron la enfermedad a mi padre, de hecho. En ese momento, cambiaron muchas cosas. Y una de ellas fue que nunca volvimos a Rilston Bay. Lo que significa que no he estado allí en... ¿cuánto, veinte años?

-La brisa marina te hará bien -dice mi madre mientras busca en Google-. La tranquilidad del entorno.

-El ozono -añade Pam con convicción-. El sonido de las olas.

-Largos paseos, yoga, comida sana...

-¡Nadar! -exclama Pam-. Es lo mejor, tanto para la menopausia como para la premenopausia.

-¿No hace un poco de frío? -señalo, no muy convencida-. Estamos en febrero.

-El frío va bien -dice Pam con pasión-. Le da un chute al cuerpo. ¡Cuanto más frío, mejor!

-No habrá socorrista -objeta mi madre, apartando la mirada del móvil-. No voy a dejar que nades hasta las boyas, Sasha.

-¡No va a nadar hasta las boyas! -resopla Pam-. Solo chapoteará un poco. ¿Tienes neopreno, tesoro?

-¡Ya está! -interviene mi madre-. Esto es lo que tienes que hacer. Seguir el programa paso a paso.

Me muestra una foto en su móvil y me la quedo mirando, fascinada. Una mujer enfundada en un traje de neopreno negro me devuelve la mirada con expresión confiada, unos brazos torneados y una sonrisa contagiosa. Tiene el pelo mojado pegado a las mejillas y los pies plantados con firmeza en la arena de una playa que muy bien podría ser Rilston Bay. Con una mano sujeta una tabla de surf y con la otra un zumo verde. Debajo de la imagen hay un eslogan: «20 pasos para ser la mejor versión de ti misma».

-¡Hay una app! -exclama mi madre en tono triunfal-. Solo te-

nemos que descargarla y comprarte algunos accesorios... ¿Tienes esterilla de yoga?

Apenas la escucho. Estoy hechizada con la chica de la pantalla. Se la ve radiante. Feliz. Segura de sí misma. Siento un deseo tan apabullante de ser ella que casi me desmayo. ¿Cómo se hace? ¿Cómo lo puedo conseguir? Si es necesario zambullirse en el mar helado, lo haré. Leo ávidamente el texto de debajo y registro palabras sueltas: «Zumo de noni... Manifestar... El reto de las cien sentadillas... *grounding*...».

Ni siquiera sé lo que significan algunas de estas palabras. ¿«Zumo de noni»? ¿«*Grounding*»? Pero puedo averiguarlo, ¿verdad? Por fin, esta lista parece ser la respuesta que buscaba. La hoja de ruta para huir de quien soy ahora. Iré a Rilston Bay. Seguiré los veinte pasos. Y seré la mejor versión de mí misma.